

SALE
LOS SÁBADOS
y da muchos
EXTRAORDINARIOS

SUSCRIPCIONES

Con derecho á todos
los extraordinarios
monumentales, oleo-
grafías y otros regalos
editoriales.

Barcelona

3 meses... Ptas. 3

6 » » » » 6

Año..... » 11

Provincias

3 meses... Ptas. 4

6 » » » » 7.50

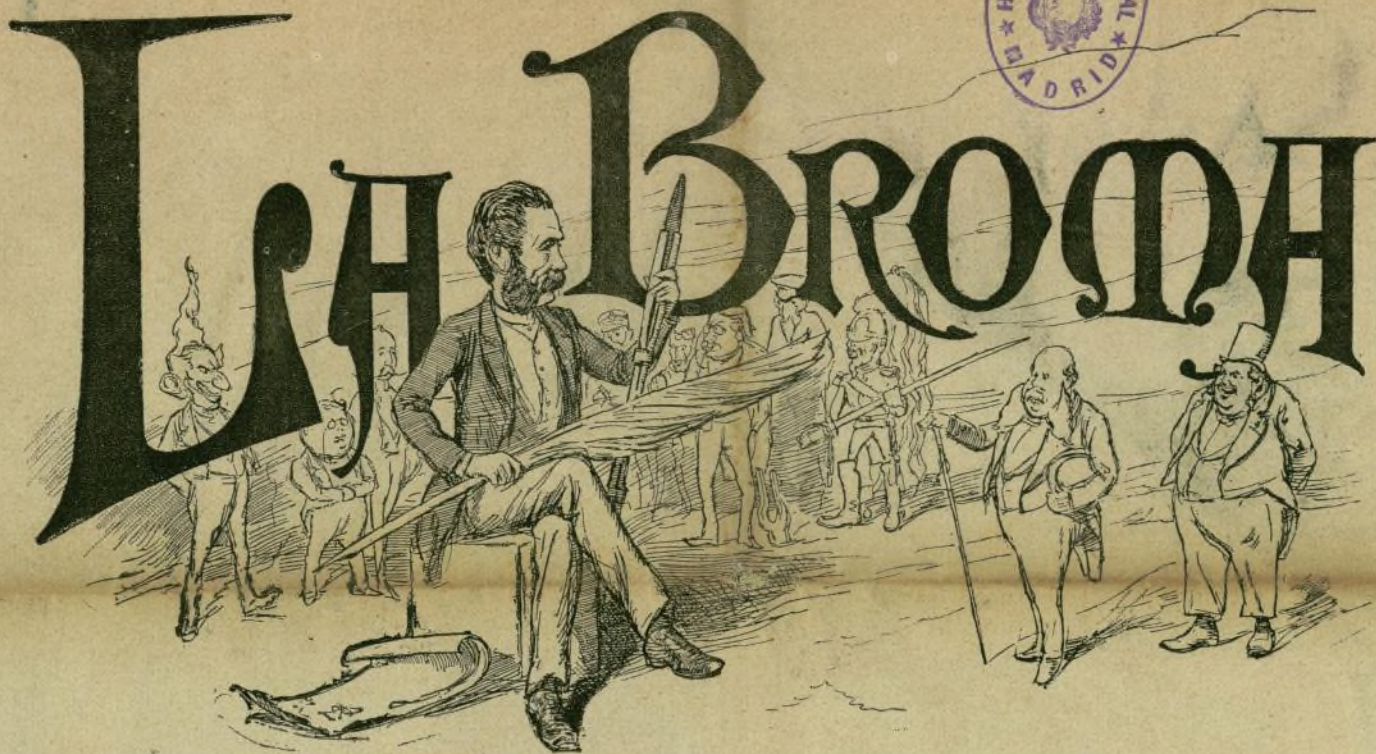
Año..... » 15

ADMINISTRACIÓN

Valencia, 309-311, 1.º

Apartado del Correo, n.º 87

BARCELONA



En el Extranjero

UN AÑO

25 francos oro.

En Ultramar

UN AÑO

6 pesos fuertes, oro.

Es inútil pedir sus-
cripciones ni paquetes
sin acompañar al pe-
dido su importe.

A LOS CORRESPONSALES

Y VENDEDORES

Ptas. 2.50

cada 25 ejemplares

NÚMERO ATRASADO:

1 peseta

AGENTES EXCLUSIVOS

EN MADRID

Sres. Sabaté y Martín

Fuencarral, 108

y Valverde, 10.

Director: ELOY P. BUXÓ

ÓRGANA POLÍTICA DEMOCRÁTICA

Época 3.ª—Año VI.—Núm. 11

SEMANA POLITICA

Madrid 13 de Abril.

¡Pero qué lástima que muriese Offembach, aquel prusiano que les escribía á los franceses música tan festiva y regocijada como la de *Barba azul* y *Genoveva de Brabant*!

¡Qué lástima, Señor, qué lástima! Cuando componía música tan juguetona sobre argumentos tan sosos como el de *La gran duquesa* y *La bella Elena* ¡qué no habría hecho si hubiera conocido á los gobiernos fusionistas de España y hubiera tropezado con asuntos tan eminentemente bufos como el de los petardos y cajas explosivas de la *Semana Santa* de Madrid! Habría sido cosa de hacer reventar de risa al mismo conde de Toreno, que es la figura más grave y más imperturbable que yo he conocido.

Aquella aventura del petardo en el Congreso, de que hablé á ustedes en mi anterior carta, no era más que la portada, ó el prólogo de una serie de espantables y horripilantes sucesos, que habían de reducirnos el corazón al tamaño de una avellana.

Nuestros nihilistas ó demagogos habrían resuelto sin duda que Madrid desapareciera del mapa europeo en la tétrica *Semana Santa* de 1887. Al efecto habían hecho grandes acopios de dinamita, de nitro-glicerina y de botellas infernales llenas de lo que la *Correspondencia* llama el *fuego feniano* y que debe de ser el fuego de los mismos demonios según las cualidades que el periódico de Santana le atribuye.

Sólo faltaba ya aplicar un fósforo, digo dar un martillazo, para que Madrid volara hecho añicos, lanzando á los aires pedazos de Sagastas y Martínez Campos del tamaño de moscas.

Pero la policía, esa policía benemérita que nunca descubre un ladrón, ni echa la mano á un solo asesino, tiene todos sus cinco sentidos puestos en las maquinaciones criminales de nuestros revolucionarios de guardapolvo, y desde el Gobierno civil y desde la Dirección de Seguridad la mirada vigilante de la justicia seguita todos los pasos de los conspiradores, y en un solo día y de un solo revés hizo abortar sus planes.

¡Oh vigilante policía, guardadora del orden público y privado, escudo y broquel de las vidas y haciendas de los ciudadanos honrados! Madrid te debe una estatua, no, un juego completo de estatuas pedestres y ecuestres, por el inmenso servicio que le has prestado al salvarle de las garras de la anarquía y de los fuegos piro-técnicos de los nihilistas.

Y coincidiendo con estas misteriosas peregrinaciones de una enlutada misteriosa que iba sembrando de proyectiles y fulminantes las tiendas de la capital, las parejas de orden público encontraban al anochecer abandonadas en mitad del arroyo, aquí una caja de materias sospechosas, allá unos cuantos paquetes de dinamita, acullá una docena de botellas que contenían *fuego feniano*, y más lejos una cubeta llena de nitro-glicerina.

En fin, que Madrid estaba empedrado aquella noche de aparatos infernales, que la policía iba recogiendo y mandando por orden superior á los laboratorios químicos, que no se atrevían á proceder á su examen hasta que los encargados de tan heroica misión no habían confesado, comulgado y otorgado testamento, por lo que pudiera ocurrir.

¡Noche de angustia y zozobra en que las terribles cajas pasaban de Pilatos á Herodes y de Herodes á Pilatos, sin que un corazón animoso se atreviera á escudriñar su contenido que encerraba la destrucción y la muerte; ¡por qué no vive todavía Offembach que hubiera puesto en buena música tan dramáticas emociones? ¡Qué dúo habría compuesto con el diálogo que sostuvieron por teléfono el Director de Seguridad y el Gobernador civil disputándose la gloria del descubrimiento!

Pasó aquello y todavía hay gentes de buena fe á quienes hace temblar su recuerdo.

Porque los periódicos ministeriales han revelado descubrimientos atroces.

Con una cucharada de aquella sustancia misteriosa que contenían las cajas que pródigamente repartió la dama enlutada, se habría hecho volar el peñón de Gibraltar con todos sus ingleses y contrabandistas. Por cierto que nada habríamos perdido.

Doscientos gramos de la misma sustancia habrían bastado para abrir el istmo de Panamá en un abrir y cerrar de ojos.

Para volar y allanar la cordillera de los Andes, no se habría necesitado más que medio kilo de aquella destructora mescolanza.

Y lanzando con un cañón mónstruo á la luna una bomba llena de la misma materia, como hubiera dado en el blanco, toda la masa encefálica de ese hermoso planeta se habría hecho rebanadas como un melón.

Tal era la fuerza destructora de esa invención diabólica que iba regalando por las tiendas de Madrid aquella dama vestida de negro.

¡Fíese usted en que las manos blancas y suaves no ofenden ni pueden hacer daño!

¡Qué ingrata es la humanidad! ¡Querrán ustedes creer que á pesar de que acaba de patentizarse de una manera evidente que el ministerio Sagasta nos ha salvado del peligro cierto de perecer por el mismo procedimiento con que fueron destruidas Sodoma y Gomorra—dos ciudades fusionistas de los tiempos bíblicos—ese Gobierno que para España ha sido una verdadera Providencia se tambalea y está á punto de caer al embate de sus propios amigos?

Yo creo que lo más malo que tiene contra sí este pobre gobierno, digno de mejor suerte, es que le auxilia en todas sus empresas la sombra fatídica de don Cristino, que tiene las mismas propiedades que la sombra del manzanillo.

Y también tengo para mí que le perjudica mucho la afectuosa complacencia con que le apoyan Cánovas y toda su gente. Por aquello de «dime con quien andas te diré quien eres», y lo otro de «quien anda entre lobos áullar se enseña»... y «tal me verás, que no me conocerás».

Porque en efecto, si levantaran la cabeza los progresistas contemporáneos de Martínez Luna, aquellos que levantaban una barricada en menos que canta un gallo, no conocerían á su antiguo compañero de armas el redactor de *La Iberia*.

Tal le han puesto el trato y la amistad con Martínez Campos y otros filósofos del mismo calibre.

Y á propósito de liberales de esos que gastan casco prusiano con penacho. Van ustedes á saber una ocurrencia que ha tenido estos días el ministro de la Guerra que don Arsenio proporcionó á don Práxedes. Ya saben ustedes, Cas-sola, el general de las dos s s.

Parece que los señores brigadieres de ejército, unos pobrecitos señores que no cobran más que tres mil y pico de reales cada mes, vivían sujetos al descuento de 10 por 100 que el Estado cobra á todos los funcionarios desde el más alto al más bajo.

Una injusticia. ¿Por qué los brigadieres han de sufrir esa pequeña merma que sufren todos los dependientes de la nación? Así lo ha comprendido el bueno de Cassola y de un solo plumazo los ha exceptuado del descuento.

¡Bien hecho! Que rabien los empleados que no gastan casco con penacho.

Pero como esta generosa medida necesitaba una compensación para no desequilibrar el presupuesto ¿qué pensarán ustedes que ha discurrido el ministro de la Guerra?

Oiganlo y asómbrense.

Los escribientes de las dependencias militares cobraban sin descuento el mismo haber que cobran los sargentos, unos diez ó doce duros al mes. ¿Por qué habían de gozar de ese privilegio? ¡Vaya con los glotones! De hoy en adelante se les descontará el 10 por 100 de su miserable haber y con esa economía habrá bastante dinero para que los pobrecitos brigadieres cobren el suyo sin descuento. Todo eso ha salido de la cabeza del sabio Cassola (con dos s s.)

Vega-Armijo está enfurruñado ¿quién lo desenfurruñará?

Don Práxedes ha hecho una tentativa, pero el patilludo le ha contestado con un sofión.

Para desenfurruñarle no hay más que un medio, darle una cartera; mas para dársela habría que quitársela á otro, y entre los compañeros de Sagasta ninguno se siente con la abnegación necesaria para hacer ese sacrificio.

Y luego, que para dar una cartera á Vega-Armijo sería necesario darle otra á Gamazo, que es ahora el que maneja á la mayoría y la trae y la lleva á donde se le antoja. Y habría que contentar asimismo al meloso don Pio, que está dando pruebas de longanimidad excesiva. Y habría que tapar otras bocas no menos hambrientas, quitándoles el plato á las que no están todavía satisfechas.

De aquí que don Práxedes se pase las noches cavilando cómo se arreglaría para tener lo menos veinte ministros siendo nueve nada más las carteras.

Como esto no lo descubra Ruiz Gómez, que es el hombre de los guarismos y de los recursos aritméticos, yo no sé quién podrá encontrar una salida al callejón en que Sagasta está encerrado.

HOLOFERNES.

SEMBLANZAS.

Cánovas y Sagasta son, fueron y serán siempre enemigos mortales como un perro y un gato.

El primero (no el perro, Cánovas) no le perdona al segundo (á Sagasta, no al gato) la inmodestia de aspirar siempre á la presidencia del consejo de ministros, pues no le cabe en la cabeza que sepa presidir nada un hombre tan ignaro que apenas sabe matemáticas, siquiera sean puras y aun sublimes, pero que no son sublimes ni puras, sino calabazas, para la alta ciencia del gobierno, que habla sin prosodia ni sintaxis, y escribe sin cosa de ortografía; mientras él sabe al dedillo ambos derechos y torcidos, filosofía, historia, teología, retórica, poética, obstetricia, veterinaria; habla siempre de perlas y escribe en letra de molde sin que falte punto ni coma.

Fundado en tan monstruosa omnisciencia ó sabiduría universal, y empuñado tres codos y medio sobre los demás mortales, políticos ó groseros, en los épicos coturnos de su entono entre marcial y civil á la alta escuela de Bismarck, tiene Cánovas la fatal manía de presidirlo todo por derecho propio; y tal maña se dió en esto de estar siempre en candelero ó en sitial, por más decoro, y tal y tanta fué su suerte ciega ó tuerta de ambos ojos, que no bien salió de la escuela de su padre para entrar en la del canciller, cuando empezó á presidir, y á estas fechas ha llegado á juntar en su diestra mano ó en siniestra cartera, ó en su bolsillo sin fondo, la presidencia del consejo de ministros, la presidencia del Congreso, la presidencia de la Academia de la historia, la presidencia de la de ciencias morales y políticas, la presidencia del colegio de abogados, la presidencia del Ateneo, la presidencia de la comisión que ha de mejorar la suerte de las clases trabajadoras (mejor nos la depare Dios), la presidencia de las calamidades públicas, ó sea de los socorros de Murcia (que quedó á medio socorrer), la presidencia... ¡hay ya más que presidir?

Y la malquerencia de Cánovas sube de punto contra Sagasta, y su despecho es más y más hostil y rencoroso desde la crisis del miedo, crisis que lo obligó á él, presidente de derecho divino, á entregar voluntariamente, digámoslo así, á entregar voluntaria y generosamente el mando ó mango de la sartén á un presdientillo de derecho progresista, populachero, sólo por *mor del mismo* miedo. ¡Mal rayo lo parta! (no al miedo, á Sagasta siempre).

Esta cesión, tan generosa como voluntaria, á que se vió obligado Cánovas por la razón susodicha, es lo que no le perdonará en este mundo ni en el otro.

Sagasta á su vez no le perdona á su monstruoso rival el olímpico desdén con que lo mira mirándole siempre de *reajo*, sin que sea parte á merecer indulgencia la obvia razón de no poder mirar de otra manera.

Sagasta, metiéndose en harina, ó en historia, asunto que le está vedado por la presidencia de la Academia respectiva, se venga de su aborrecido compañero llamándole á boca llena *Calomarde*.

LA BROMA



Ritual político. — La sesión de los fariseos.

Cánovas, al contrario, saliéndose de la Academia, ó sea de la historia, muerde á su compañero, no menos querido, llamándolo entre dientes *curul*.

El marqués de Molins, muy dado de suyo á estudios léxicos, y que á fuer de académico de la lengua, va siempre á caza de *voquibles* para limpiarlos, fijarlos y darles esplendor, diz que tiene apuntado que *curul* ha perdido la l, pues debiera ser *curil*, como adjetivo que viste de oropel al sustantivo.

El sustantivo de esta oración, que no es literaria ni devota, pudiera ser muy bien el mismo marqués de Molins; sinó que Cánovas, más competente que él en la materia, dice á su vez que á *curul* no le sobra ni le falta nada para ser un hombre de Estado como Sagasta.

Sagasta daría un ojo de la cara porque no hubiera Cánovas en el mundo, ó á lo menos en España.

Cánovas, que no puede ser tan rumbo en esto de gastar ciertas monedas, no daría un ojo de la cara, pero sí un Cos-Gayón, tres Silvelas, cien Torenos vellón, porque se muriera Sagasta.

Pero esto no sin sus celos y recelos, no sea que vaya á presidir el consejo de ministros de los profundos infernos, pues dicho se está que mirando como una usurpación toda presidencia que no emane de su indiscutible autoridad, también tiene puestas sus miras en ella y á ella aspira con mejor derecho.

Es una guerra á muerte; y aun pudiera piñarse este odio mortal con tintas del carácter respectivo y quedaría de perlas: Sagasta no le daría á Cánovas nada más que veneno; Cánovas no le pegaría tampoco á Sagasta nada más que cinco tiros.

En medio de esta rivalidad que los lleva necesaria y fatalmente á estar montados el uno sobre el otro, la crisis del miedo ó al revés, el miedo de la crisis ó del juicio final, hubo de obligarlos á los dos á echar pié á tierra poniéndose á la par como dos presidentes simultáneos de este consejo de ministros.

Y así mandan los dos.

Es decir, así no manda ninguno.

Esto es, así el uno fuma y el otro escupe.

Pero ¿quién es el que escupe y quién el que fuma?

Es el secreto del pacto que llaman del Pardo, aunque debiera llamarse del Negro, por su color que pasa de castaño oscuro; porque parece ser que fuman y escupen los dos; pero cada cual á su vez, pues como pactaron con fe más ó menos púnica ir siempre en este juego á reyes y no á sotas, sucede que, según vienen las cartas, ora quiere montar Cánovas á Sagasta, ora Sagasta á Cánovas.

Ahora bien ¿quién de los dos será al fin el ginete y quien el rocín?

Es cuestión muy peliaguda y difícil de resolver.

Hay quien apuesta doble contra sencillo que el ginete será Cánovas.

Si gana la apuesta, no hay que decir quién será el rocín.



EL CROMO DE HOY.

Pasada ya la Pasión,
damos una procesión,
creyendo que no herirá
en sus sentimientos cá-
tólicos á la Nación.

El primer pendón de la ceremonia es don Venancio. Los dos acólitos que con incensarios preceden al Santón de esta parroquia, son Pavia el de la Puerta de Hierro y López Puigcerver, el de los duros viejos.

Las andas del Santón...

que ostenta casco y llorón
y además se llama Antón

las llevan Sagasta, Alonsillo el burgalés, Moret el perfumado, y León y Castillo el canario.

Sigue Cánovas oficiando de pontifical: la cola de su manto la lleva el joven Villaverde (que siempre fué muy dado á las colas); y detrás van con dos ciriales, el conde de Toreno y Silvela, el de las malas intenciones.

El famoso Cos-Gayón
lleva el segundo pendón,
en el cual se lee bien claro:
cofradía del Amparo,
porque ampara á la Fusión.

Los romanos que van detrás de estos pendones, son D. Justo Pelayo Cuesta y Jovellar.

En un palanquín viene el segundo Santón de la diócesis, don Cristino (patrón de las manchegas y de los empleados en Cuba); lo llevan Vega-Armijo y Ruiz-Gómez. Sigúeles el vate lemosín don Víctor Trasatlántico; y los cucuruchos de último término representan á López Domínguez y consorte (Romero), Salmerón, Pi, Ruiz Zorrilla y otros encapuchados.

Ahora, ustedes dirán si les agrada,
porque á mí no me cumple añadir nada.

En el banquete ofrecido por la Diputación provincial al Licurgo y ex-galán joven de los teatros caseros de Burgos, estuvo á punto de ocurrir un conflicto monumental.

Figúrense ustedes que á un distinguido teniente general y Senador del Reino, hombre de muchísimo mundo y consumado practico en cosas de etiqueta, le pusieron en un término que no correspondía á sus merecimientos.

El general se amoscó,
y del recinto salió
sin tocar su servilleta;
y la cuestión de etiqueta
al punto se divulgó...

Y no se habló de otra cosa en Barcelona.
Lo cual prueba que ciertos banquetes se parecen mu-

cho á los *Martes de las de Gómez*, y que la venida de Alonso Martínez tenía que producir alguna desazón.

Tiene mala sombra don Manuel.

Y sinó que lo diga don Antonio Cánovas, que le conoce al pelo.

Un detalle significativo....

En el frasco de vidrio en que se colocaron monedas (ringuna de oro), y ejemplares de los diarios de Barcelona (que los hay que son de oro) para guardar tales reliquias debajo de la piedra angular del Palacio de Justicia, entraron *El Brusi*, *El Diluvio*, *La Publicidad*, etcétera, etc., pero no entró *La Dinastía*, órgano archiconservador.

Suponemos que el joven Villaverde formulará en el Congreso la correspondiente interpelación sobre hecho tan grave y significativo....

Cualquiera comprendería
que LA BROMA no cupiera
por ser una *órgana*, impia;
¡pero, hombre, *La Dinastía*
que está al pié de la escalera
y subirá el mejor día...!
¡pues es una friolera!

El corresponsal de *La Correspondencia* dijo en un telegrama, expedido en Barcelona, que la zarzuela *Cádiz* había obtenido una ovación en el Teatro de Novedades.

Por desgracia, no es exacto.

Y con firmeza respondo
de que mi juicio es el cierto,
pues *Cádiz* pasará al puerto.....
y será para dar fondo.

Por tener las columnas ya repletas
(no por economías),
suprimimos los *monos* ó siluetas
que acostumbramos dar todos los días.
¡Bastantes monigotes, por desgracia,
tiene uno que tratar aquí y en Gracia!

Dicen que hubo una cascada
en el *Salón de los ciento*,
donde se dió el gran banquete
á Alonsillo el leguleyo.
Peces de varios colores
hubo también; mas no dentro
del agua de la cascada,
sinó á la mesa, comiendo.

La empresa del Teatro Catalá (Romea) quiso dedicar una función al ex-cómico de Burgos, ahora notario mayor del Reino.

Su Excelencia no pudo asistir.

Pero fué Capdepon (Don Trinitario.)

¿Y cómo nó, si se representaba una comedia titulada 100,000 duros?

Nuestro director ha salido para Madrid, de donde regresará en la próxima semana.

Es muy posible que al volver, le acompañe el popular sainetero RICARDO DE LA VEGA, en cuyo obsequio se prepara una función extraordinaria por la empresa del Teatro Principal.

Sagasta se ha comparado con Mendizábal.

Pero en mal hora le ocurrió tan impertinente como ofensivo recuerdo, porque hasta las piedras de sillería protestan contra una audacia que tiene sus puntos y ribetes de desacato.

Nó, Sr. Sagasta; ya no hay ministros de aquel temple de alma, y si los hay no son de la madera de su señoría. Aquel grande hombre de Estado, que tales y tantos servicios prestó á la causa de la libertad, manejó los caudales públicos sin que se le pegara á las manos un grano de polvo, y vivió vida modesta y murió pobre, honrando así á su partido. ¿Hay en él actualmente muchos políticos que puedan alegar sus méritos, sus virtudes públicas y privadas? El que pueda compararsele que levante el dedo. En cuanto á V. E. no ha levantado más que un falso testimonio.

Fué Mendizábal un hombre probo,
fué en el gobierno pastor, no lobo
como algún quidam lo viene á ser;
y sin meterse en negocios turbios,
nunca hizo casas en los suburbios
puestas á nombre de su mujer.

El Sr. Alonso Martínez, que nos traía toda la gracia y justicia de su cartera, se ha ido al fin sin hacernos una cosa ni otra, á pesar de lo maravillado que va de los catalanes. No hay que extrañarlo: también se fué de aquí bizco el Sr. Cánovas del Castillo y tampoco hizo nada por Barcelona.

Visitas son de oficio
las de esa gente
que nunca cumple, nunca,
lo que promete.
Mas sinó gracia,
á lo menos justicia
que se nos haga.

Acuérdate, Manolo,
de la miseria
que has visto en Barcelona,
y ayuda vengas.
¿A que no viene?

Si no ha visto el ministro
más que banquetes.

¡Qué corridita, re-déu,
tan bonita, la primera!...
plácemes al señor Píera
y al señor Catarineu.
Ni Rubau y Donadeu
con la federal, lucía
su estampa y su gallardía,
y su gracia y su bravura,
como los bichos de Miura
lidiados el otro día.

La cuadrilla del *Espartero* (con gotas de la de *Lagar-tija*) hizo todo lo posible para dejar bien puesto el pabellón; sobresaliendo *Galindo*, que es un torero de la nueva escuela, bachiller en artes, muy fino él y muy cortés él y muy apreciable como banderillero... él. Y como banderillero... ella, que está en Madrid.

El matador estuvo tan *sagastizado* al herir, que cada bicho le resultaba un Vega Armijo en la suerte suprema; pero trabajó, ¡vaya si trabajó con ganas el niño!

Todos los servicios de parada, muy en su lugar, y el jefe de día (vulgo, presidente), acertado en sus voces de mando.

Era un hijo del país
cuyo apellido es Michel...
¿Tendrá una hermana en París?
lo sentiría por él.

La plaza está muy bien decorada; el único reparillo que tengo que hacer se refiere al enverjado de hierro que han puesto en las delanteras de grada; resulta incómodo porque el espectador no puede estar á gusto como no se eche las piernas á la espalda.

Y esto no lo hacen bien más que algunos diputados de la mayoría, de los que votan lo que manda el gobierno.

En resumen: la Empresa tiene ganas de complacer á la *facultad*... digo, á la *afición*; y si persevera en el camino emprendido, tendrá ocho, y diez, y doce llenos como el del domingo pasado...

Que es de lo que se trata, hablando en plata...
quiero decir, de lo que Píera trata.

Y ya que hablamos de espectáculos, ¿cómo no decir algo del Liceo?

Se ha inaugurado la temporada de primavera, con *Gioconda*; el cuarteto contratado es de *primitivo cartel*, y todo hace esperar que contemos por éxitos las representaciones...

Para lo cual, por mí, tan sólo quiero,
que cante en pocas el tenor Valero.

En el Principal es donde se preparan grandes novedades, cuyo secreto debo respetar.

Hasta ahora el público ha hecho justicia á la actividad é inteligencia de *Ceferino* (los del oficio le llamamos así, como Luna llama á Sagasta, *Práxedes* á secas), pero desde ahora tiene que apretar el amigo Palencia, y como no es de los que se duermen sobre los laureles, verán ustedes qué de estrenos, y qué de acontecimientos nos prepara el *gachó*...

¡Cielos! que se me escapó
ese voquiblo *caló*,
y no me explico porqué...
igachó le dije, *gachó*?...
lean ustedes... *gaché*.

Catorce coches del funesto, malditísimo, odioso y aborrecido tranvía del paseo de Gracia, estuvieron detenidos la otra tarde, desde frente á las casas de Salamanca para arriba.

En cuanto llueve un poco recio, el agua que baja de la vecina villa arrastra guijos y arena que entorpecen la marcha de los vehículos; y como la antipática dirección de ese escandaloso tranvía

que ejerce un *mister* inglés,
alto, feo, con patillas
que hace ya muchas cosquillas
al pueblo barcelonés...

no dispone cuadrillas de peones que desvien el curso de las aguas y eviten esos entorpecimientos, resulta que el público es el que sale mortificado.

La otra tarde, en la plataforma posterior de uno de los vehículos, venían 12 *personas apelonadas*; cayó al suelo un joven de doce á quince años; á un caballero le robaron el alfiler de la corbata, y á una *doncella*... de labor, la *trasfrieron* dos kilos de merluza y jamón que en una cesta llevaba. ¡*Po-bre-chi-cal* y cómo lloraba!

Además de estos abusos, ya intolerables, que algún día se traducirán en un *meeting* popular contra esa potencia execrada, ocurre con este dichoso tranvía lo que no pasa con ninguno otro del mundo.

Los asientos en la *imperial*, al descubierto, cuestan lo mismo que los del interior; y si un pasajero de aquellas alturas desea bajarse á coche parado y encarga al conductor que toque el timbre al llegar á tal ó cual bocacalle, el empleado suele hacerse el sueco, y el *pagano* tiene que bajar, estando en marcha el carruaje, por aquellas peligrosas escalerillas.

Las autoridades deben fijarse en todo esto; deben observar que la opinión se conjura, fundadísima, contra la desfachatez de la Empresa; deben sentarla la mano, amonestarla, multarla, vigilarla mucho, si no quieren que el día menos pensado ocurra la de San Quintín.

Y el pueblo, que es al fin, el soberano,
y el que afloja los duros y los reales,
mezcle á gobernador y á concejales
en este pleito insano...
y tome la justicia por su mano.

BARCELONA:

Imprenta de Luís Tasso Serra, Arco del Teatro, números 21 y 23.